

# **Aventuras de un misionero de Tierra Santa**

*Por el P. A. ARCE, O. F. M.*

Jerusalén

La aventura domina y enriquece la Historia. Sin la aventura, no tendríamos – desde la última década del siglo XV – el Nuevo Mundo ganado a Cristo. Sin la aventura, no habrían aportado a la civilización cristiana – en el siglo XVI – Francisco Pizarro el inmenso imperio de los Incas y Miguel López de Legazpi las innumerables islas del archipiélago Filipino. Sin la aventura... Para qué continuar, si una gran parte de la historia humana no es más que un hermoso tejido de aventuras.

Si del círculo de estas aventuras de radio mundial bajamos a las de radio estrictamente personal, también las hallaremos, numerosas. Efectivamente, en el sector biográfico de la historia, más particularmente de la de la Iglesia, muchas de las vidas de los santos, canonizados o no, abundan en aventuras. Por ejemplo, las del religioso de quien voy a ocuparme.

## **FRAY PEDRO SORAZU AIZPURUA (1871-1948)**

Este religioso franciscano, que pasó muchos años en esta Misión de Tierra Santa, tiene – aunque simple hermano lego – más de un título para que su nombre pase a la historia. Mis fuentes de información, para hilvanar estas notas biográficas, son: los elencos o libros oficiales de la Custodia de Tierra Santa y de la provincia de Compostela; pero principalmente los datos y noticias adquiridas personalmente del mismo biografiado, durante los largos años que convivimos día tras día, aquí en Jerusalén.

## En el mundo

Pedro nació el 28 de marzo de 1871 en Zumaya, provincia de Guipúzcoa y diócesis, entonces, de Vitoria y hoy de San Sebastián. Al día siguiente, sus padres —Mariano Sorazu y Manuela Antonia Aizpuría (1) le llevaron a la pila bautismal de la parroquia, poniéndole el nombre de José Manuel. El 15 de julio de 1877 fue confirmado por monseñor Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, obispo de Vitoria, durante la visita pastoral diocesana de este prelado.

Sorazu pasó la niñez y adolescencia en el pueblo natal, bañado por las inquietas olas del Cantábrico, cuyo eterno rumor dejaron en su espíritu un atractivo singular por la música y un amor entrañable a todo cuanto se refiere a las ciencias marinas. En su escuela aprendió con avidez los fundamentos de la cultura humana. A los 16 años, sintiéndose atraído fuertemente a la vida religiosa, gracias a la influencia que en él ejercía el ambiente familiar, y sobre todo su piadosísima madre, se dirigió a la no lejana Zarauz a llamar a las puertas del convento franciscano, recibiendo en él buena acogida, y, el mismo año de 1887, el hábito de hermano coadjutor o donado.

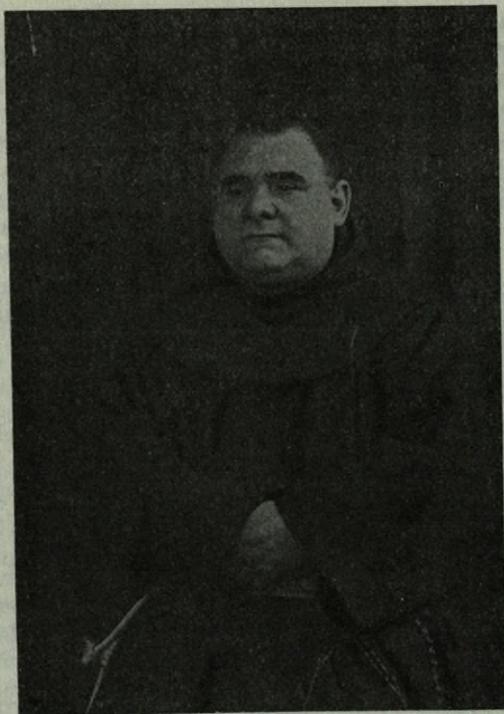
Trabajador inteligente y devoto, José Manuel Sorazu fue moldeando en aquel observante convento su espíritu religioso, al mismo tiempo que su cuerpo iba robusteciéndose y su mente enriqueciéndose con nuevos conocimientos. Ya entonces veíase en él una notable inclinación al estudio de la geografía, que formaría la nota característica de su mucho saber en esta disciplina, como luego veremos.

## Primera aventura

En Zarauz permaneció tres años, durante los cuales una idea germinó en su mente y un deseo nació en su corazón. Parece que fueron incontenibles; pues, sin recurrir a los medios ordinarios para realizarlos, echó mano del que él creía el más eficaz. La idea y el deseo nacieron de sus lecturas en revistas de Misiones. No era él solo presa de aquella idea y de aquel deseo. En el mismo convento de Zarauz vivía otro joven de su edad, invadido también por la misma idea y el

---

(1) No debe pasar sin rectificación el error de las "Famiglie" de la Custodia de Tierra Santa, que escriben siempre el apellido de su madre "Aizpurna", en vez de Aizpurgia.



Fr. Pedro Regalado Sorazu, en 1923

mismo deseo: se llamaba Martín Larburu (2), que era, como él, simple donado.

Entendiéronse por cartas con el custodio de Tierra Santa —Giacomo Chezzi de Castelmadama (1888-1894)— y a principios de diciembre de 1890 salieron de Zarauz, vestidos de paisano, con dirección a

(2) En Lima, Perú, le conocí y traté mucho por los años de 1910-1911. Era entonces colector de limosnas para Tierra Santa y se contaba de él que, conociendo varias lenguas, se servía, ora de una ora de otra, para captarse las simpatías de las personas de las cuales esperaba sacar una buena "tajada". Especialmente entre los italianos, algunos de los cuales, después de haberle cerrado la puerta y despedido de malas maneras, acabaron por tenerle un gran cariño y amistad. Larburu había nacido en Urnieta, Guipúzcoa, el 4 de marzo de 1867; hizo el noviciado en Nazaret, donde profesó el 16 de abril de 1894; en 1898 fue destinado a la comisaría de Tierra Santa en Lima, y estando recogiendo limosnas murió en Chiquián, cerca de Huánuco, Perú, el 16 de julio de 1915.

Marsella. Aquí comenzaron sus cuitas. Llevaban algo de dinero; pero, por su inexperiencia en viajar, en aquel puerto supieron que para el viaje a Tierra Santa necesitaban, cada uno, 300 francos, y ellos no tenían en conjunto más que 300, es decir, la mitad de lo necesario. Al avispado Sorazu se le ocurrió pronto la solución del problema. Telegrafió a Jerusalén, y el Custodio, dándose cuenta del apuro de los dos animosos jóvenes, autorizó al comisario de Tierra Santa en Marsella para que les pagase el viaje. Embarcados en aquel puerto, llegaron a Alejandría el 20 de diciembre de 1890, el 21 a Puerto-Said y el 23 a Jerusalén. Realizado su sueño, su dicha era completa. Como la de Pizarro al llegar al Perú; como la de Legazpi al fundar Manila.

### **En Tierra Santa**

Viendo los superiores su irreprochable conducta, en el mes de abril de 1891, a los cuatro meses de llegar, Sorazu recibió el hábito de terciario y fue destinado al Santo Sepulcro a formar parte de aquella privilegiada comunidad, que día y noche está al servicio del gran santuario. Podemos imaginar fácilmente la dicha del joven Sorazu, sobre todo sabiendo que era destinado allí con el cargo de sacristán, cargo que ocupó durante un año. Este año fue para él doblemente feliz, pues le tocó tener por superior al P. Miguel Guereca, reeligido por tres veces seguidas superior de aquel santuario (3).

Del S. Sepulcro fue destinado al gran convento-parroquia de Santa Catalina, en Alejandría de Egipto, donde continuó también ejerciendo el oficio de sacristán, muy penoso en aquella parroquia numerosísima, en cuya iglesia había continuamente solemnes cultos y funciones en siete lenguas diferentes, sin excluir la española. No duró mucho en este oficio; pues vista por el superior la competencia de Sorazu en matemáticas y su destreza en el manejo de los negocios, fue encargado de hacer las compras de todo lo necesario para aquella numerosa comunidad —entonces de unos 30 religiosos—, y al mismo tiempo ocuparse de los religiosos que embarcaban o desembarcaban por aquel importante puerto del Mediterráneo. Tales fueron sus ocupaciones hasta que en septiembre de 1894 se puso en viaje para Nazaret, con el fin de comenzar el año de noviciado, cumpliéndose así sus deseos.

---

(3) Es uno de los casos rarísimos de reelección. La duración de este oficio era entonces de sólo cuatro meses. El P. Guereca, de la provincia de Cantabria, nació en Arrieta el 10 de julio de 1846; vino dos veces a Tierra Santa: el 20 enero 1888 y el 6 junio 1906; ocupó varios oficios en la Custodia; escribió muchos artículos en varias revistas, y murió en Bermeo el 9 de diciembre de 1912.

A este cambio topográfico, tan distinto en lo material, correspondía el del interior de Sorazu. Siempre había amado la vida religiosa, y para vivirla había abandonado la patria; pero hasta ahora no la había «gustado» con intensidad. Nazaret, con el recuerdo de la Sagrada Familia y junto a la Casa de María —que tan amorosamente cuidan los franciscanos— iba a apagar sus ardientes deseos. El 26 de septiembre de 1894 comenzó su noviciado, y ese mismo día cambió de nombre —según el uso entonces general— tomando el de Pedro Regalado, con el que será conocido el resto de su vida.

Durante todo el noviciado su conducta fue intachable y muy ejemplar. He tenido la suerte de conocer a dos o tres religiosos que vivieron con él en Nazaret, y todos elogiaban su conducta sin reservas. Por lo demás, el mejor testimonio de su buena conducta son las tres votaciones secretas que suelen hacerse durante el noviciado, por las que los miembros que componen la comunidad manifiestan su aprobación o desaprobación del candidato a la vida religiosa. En las tres votaciones, todos los votos fueron siempre favorables a Fray Pedro Regalado Sorazu, como consta por el *Libro de vesticiones y profesiones*, al número 108, que he consultado.

No sabemos por qué difirió tanto tiempo el entrar al noviciado, pues su compañero Larburu hacía ya casi medio año que había profesado. Tal vez pensó al principio quedarse en el estado de terciario, como lo hacían muchos en aquel tiempo, durando en él —con el hábito franciscano— toda la vida. No se me ocurrió preguntárselo.

En Nazaret, cumplido el año de noviciado, hizo su profesión simple el 27 de septiembre de 1895. Durante el noviciado, los novicios leños desempeñaban útiles servicios en el gran santuario de la Anunciación y Encarnación del Verbo; pues la comunidad, por aquellos días, era bastante numerosa, y el santuario muy visitado por peregrinos y turistas. Además, en él está instalada la única parroquia latina del lugar.

A los pocos días de profesar, Sorazu fue enviado de nuevo a la parroquia y convento de Santa Catalina, en Alejandría, donde sus virtudes religiosas y su habilidad en la administración económica eran muy estimadas desde la primera experiencia de 1892-1894. En Alejandría permaneció por once años continuos, siempre con el mismo cargo y ocupaciones, y allí hizo su profesión solemne el 27 de septiembre de 1898.

Por afición, y movido de caridad hacia sus hermanos en religión, Sorazu se dedicó al estudio de la medicina y farmacia, aprovechando la ocasión que tenía de buenos libros y sobre todo de la práctica de otros

religiosos competentes, que no faltaban en los grandes conventos. Ya en Alejandría, durante los últimos años que allí estuvo, dándose cuenta los superiores de sus conocimientos en estas materias, le fue también confiado el cuidado de los enfermos.

### **Enfermero en Jerusalén**

Con las buenas pruebas que Fr. Pedro Regalado dio de sus conocimientos en medicina y farmacia su fama llegó a Jerusalén, donde su saber podría ser muy útil. Por tanto, el Padre presidente Custodial Felipe Ricci, en 1905, le hizo venir de Alejandría a Jerusalén para dirigir la importantísima enfermería y clínica del convento central de la Custodia, llamado del Santísimo Salvador. En este cargo, desempeñado con competencia y a gusto de todos —como he oído de la boca de varios religiosos— duró hasta los tristes días de 1914, en que un nacionalismo absorbente y provocador hizo imposible la vida a muchos religiosos.

### **Segunda aventura**

Uno de los primeros síntomas de malestar fue la publicación, a principios de 1908, del opúsculo *Tancredi* del P. Nunzio del Vecchio OFM (1867-1927) en la Imprenta Franciscana de Jerusalén —con una tirada de 1.500 ejemplares— que provocó la aguda respuesta del pseudónimo «Pepe Guindilla» con el escrito *Los dos íntimos amigos-latinos, cartas dirigidas al autor del «Tancredi»*, Barcelona, 1909, 62 páginas en 8.º, traducido al francés con el significativo título de *Les italiens à l'assaut du protectorat des Lieux Saints*, Marseille 1910, 96 páginas en 8.º, enriquecido con 5 nuevas cartas. El *Tancredi*, «suant son chauvinisme à travers toutes les pages», contiene «les plus colossales erreurs historiques alignées, d'après une méthode aussi constante que fausse, côte à côte, avec les insinuations les plus offensantes, à l'adresse des nations française et espagnole» (p. 3).

En esta atmósfera de la vida de comunidad, recalentada con tal yesca, no respiraban fácilmente los espíritus, hasta entonces tan unidos fraternalmente, olvidados de todo partidismo y nacionalismo y entregados gustosamente, cuerpo y alma, al servicio de los grandes santuarios del cristianismo. La situación se agravó no poco con la llegada a Jerusalén del nuevo custodio de Tierra Santa P. Honorato Carcàterra (1913), decidido a acabar con los privilegios pontificios que los españoles poseen en virtud de la bula de Benedicto XIV *In supremo*, de 1746, y todavía más durante el custodiado del P. Serafín Cimino (1914-

1915). Varios religiosos españoles, deseosos de paz, pidieron repetida e insistentemente la obediencia para volver a sus provincias, donde poder continuar la vida claustral con tranquilidad de espíritu.

Fray Pedro de Sorazu, por esta misma razón, había determinado desincorporarse de la Custodia de Tierra Santa e incorporarse a la provincia de Santiago de Compostela, lo que le fue concedido por un decreto generalicio del 3 de octubre de 1913. Sin duda escogió la provincia de Santiago, y no la de Cantabria, para poder volver más fácilmente a Tierra Santa o ir a la misión de Marruecos; pues los religiosos de dicha provincia tienen como campo especial de acción estas dos misiones. Sin embargo, aún se quedó por algún tiempo en Jerusalén.

A las dificultades dichas se añadía la inseguridad política de Palestina en aquellos días. He aquí cómo la describe un testigo presencial que vivía entonces en Jerusalén. «La guerra europea, que había estallado a primeros de agosto de 1914, iba en aumento. Turquía, que estaba también metida en ella a favor de Alemania, había expulsado ya de su territorio a todos los frailes y monjas franceses, belgas, ingleses, rusos y polacos, y a los seglares los internó por aquellas partes de Orfa, etc. Los vapores que tocaban en Jafa eran más raros cada día y ya no importaban ni exportaban nada, y se decía también que España iba a entrar en la guerra. Por todo esto y por otras muchas cosas más, algunos religiosos españoles, viendo el peligro que había de que los echaran de aquí, como habían echado antes a los otros, pidieron la obediencia para marcharse a España y el P. Custodio se la negó redondamente. Las cosas iban cada día de mal en peor y no había esperanza de que mejorasen; cuando he aquí que un día el Cónsul español recibió un telegrama el cual decía que todos los que quisieran marcharse aprovecharan el primer vapor que hubiese, pues tal vez no hubiera ya otro, y que las cosas se ponían muy mal. En vista de eso, casi todos los religiosos españoles, a quienes el Rmo. P. Custodio había negado la obediencia, tan pronto como supieron que llegaba el vapor, con acuerdo del Sr. Cónsul, se fueron a Jafa sin decir nada al Custodio, pues antes ya le habían avisado de que se marcharían de todos modos, con obediencia o sin ella. Salieron de aquí, de Jerusalén, el 21 de diciembre de 1914, a las dos de la tarde; mas, por causa del mal tiempo, no pudieron embarcarse hasta el día 26; y apenas llegaron a Alejandría, donde estuvieron unos días esperando vapor que les llevase directamente a Barcelona, pidieron las obediencias al Ministro General, P. Pacífico Monza, el cual se las mandó inmediatamente a vuelta de correo. El viaje desde aquí a España y a sus respectivos conventos lo pagó el Cónsul español.

«La misma tarde que se marcharon, por la noche, en refectorio y en plena comunidad —hacia ya casi un mes que se habían marchado los religiosos de las otras Ordenes que estaban aquí—, el P. Custodio, *lleno de caridad y de unción evangélicas*, los excomulgó a todos, nombrándolos uno por uno, y además les privó de todos los sufragios presentes, pasados y futuros que pudiesen haber. Esta excomunión la supieron estando todavía en Jafa, y desde allí protestaron enérgicamente» (4).

De las dos sanciones, la primera es anticanonica y la segunda inhumana. Ambas dictadas por la pasión desenfadada y mala consejera. Aunque fueron privados por el P. Custodio, Serafín Cimino, de los sufragios de la Custodia —después de tantos años de servicio— consuelense, que de ellos es el reino de los cielos (Mat. 5, 10).

Como homenaje póstumo, no estará de más poner aquí la lista de los que se fueron, con obediencia y en aquellas difícilísimas circunstancias de guerra.

Padres	Provincia	Llegó a T. S.
P. Celestino Fraga	Santiago	7 noviembre 1882
P. Aquilino Llana, Procurador	Santiago	22 agosto 1894
P. Carlos García Argüelles	Santiago	10 octubre 1897
P. Aquilino Alejos Lamas	Santiago	2 abril 1902
P. Hilarión Baamonde	Santiago	5 mayo 1906
P. Julio Alonso Lemos	Santiago	2 abril 1912
P. Francisco Montes Bentrón	Santiago	29 octubre 1913

#### Legos

Fr. Pedro Regalado Sorazu	Custodia	23 diciembre 1890
Fr. Félix Ormazábal	Chipiona	10 mayo 1905
Fr. Gabriel Rojo	Chipiona	5 mayo 1906
Fr. Ramón Roig	Valencia	24 marzo 1908
Fr. Andrés Morató	Chipiona	26 diciembre 1910
Fr. Jesús Pereiro Vázquez	Santiago	12 diciembre 1911
Fr. Justo Cuende Oca	Cantabria	5 mayo 1914
Fr. Pacífico Sempere	Valencia	5 mayo 1914

De estos 15 religiosos sólo regresará a Tierra Santa, y en circunstancias providenciales, como en seguida veremos, Fray Pedro Sorazu.

(4) Fr. Manuel Remolar (1848-1919), *Apuntes para la historia*, pp. 34-36. Manuscrito en mi poder, regalado por Fr. Pedro Sorazu.

Quédese para otra ocasión referir lo que siguió en España a la llegada de los mismos. De los 8 años y 6 meses que Sorazu permaneció en la provincia de Santiago sólo sabemos que fue a Valladolid varias veces a ver a su hermana Sor Angeles. La primera, poco tiempo después de llegar, iba acompañado de otro religioso que ignoraba las circunstancias del hecho, y, criticando a Fr. Pedro, decía que como religioso debía haber obedecido. «Sí — contestó Sor Angeles —: es religioso, pero también español». (Testimonio del mismo Fr. Pedro Sorazu).

### Tercera aventura

Más de una vez pregunté a Fr. Pedro me dijera algo de su hermana concepcionista, pues acababa de leer su vida y algunos de sus escritos; pero su respuesta fue siempre la misma: «Sabía bailar muy bien; era una bailarina; no hacía más que bailar». Pero Fr. Pedro amaba a su santa hermana, la veneraba, tenía y leía su vida y escritos. En las repetidas entrevistas que tuvo con ella en Valladolid, buena parte de la conversación giraba en torno a Jerusalén y a los Santos Lugares. Su hermana sabía perfectamente el cómo y por qué había dejado Fr. Pedro la Tierra Santa; pues él se lo había contado minuciosamente.

Preguntándole ella una vez en 1921 si deseaba volver y respondiendo Fr. Pedro que sí, pero que era imposible, Sor Angeles le dijo, apoyando bien el acento en cada una de las sílabas: «Tú vol-ve-rás a Tie-rra San ta y allí te que-da-rás». Fr. Pedro soltó una carcajada. «Imposible», le dijo, «¿no sabes que nos han prohibido rigurosamente volver allí?». Su hermana repitió la frase, siempre con la misma fuerza de afirmación. La última vez que Fr. Pedro fue a verla — hacia el mes de mayo o junio de 1923 — el diálogo se repitió casi con las mismas palabras: Sor Angeles afirmando que el viaje de vuelta se realizaría, y Fr. Pedro negando la posibilidad. De esto puedo dar fe segura; él me lo refirió en varias ocasiones y siempre de idéntica manera; pues Fr. Pedro tenía una memoria admirable, tenacísima.

Y el hecho sorprendente se realizó. El 9 de julio de 1923 Fr. Pedro Sorazu se presentó en Jerusalén con gran sorpresa de todos. Había en el convento del Salvador varios religiosos, españoles y de otras naciones, que le conocían y que sabían bien las circunstancias de su ida a España con sus compañeros. Aunque yo me hallaba ya en Tierra Santa desde hacía más de un año (junio de 1922), no estaba entonces en Jerusalén, sino en El Cairo; pero al ser destinado en 1924 — para quedar aquí hasta ahora — al gran convento central de la Custodia en

Jerusalén, oí contar detalladamente las peripecias de esta «aventura», peripecias que, resumidas, dan lo siguiente.

El custodio de Tierra Santa de entonces, Fernando Diotallevi, no conocía a Fr. Pedro; pero al saber por otros que era uno de los idos a España en 1914, pidió inmediatamente a Roma la obediencia de regreso a la patria. La obediencia, fechada el 25 de julio, llegó efectivamente a Jerusalén y Fr. Pedro comenzó a dar los pasos necesarios para volver, con el visado del pasaporte. El cónsul de España, señor Jaurrieta, recibió el pasaporte, pero no quiso devolvérselo. Todo cuanto se hizo fue inútil, y así por necesidad tuvo que quedarse Fr. Pedro Sorazu en Jerusalén. Quien salía ganando era la Custodia, porque después de la guerra del 14 al 18 el personal de Tierra Santa había quedado muy mermado. Fue nombrado enfermero de Jerusalén, de donde en 1924 fue trasladado al convento de Ramleh, que entonces fue destinado a servir de enfermería principal de la Custodia para ancianos, convalecientes y enfermos. Los que conocimos bien esta casa sabemos el trabajo enorme que suponía para Sorazu el cuidar, con amor y competencia, a los 15 ó 20 religiooss que allí había hospitalizados.

El recuerdo más vivo que al morir dejó Fr. Pedro fue el de excelente enfermero bajo el aspecto técnico y religioso. En Jerusalén, como hemos dicho, lo fue de 1905 a 1914 y de nuevo de 1923 a 1924, y al trasladarse la enfermería a Ramleh lo fue aquí de 1924 a 1936. Durante todo ese tiempo no se le murió —me aseguraba en 1941— ningún enfermo de pulmonía ni de tuberculosis, y de tifo uno sólo. Y una religiosa francesa de San José de la Aparición, enfermera en el hospital de Jafa durante más de 30 años, decía que Fr. Pedro Sorazu «valía más que todos los médicos»; y es bien sabido de nuestros religiosos que los pobres enfermos tenían fe ciega en su habilidad, ciencia médico-farmacéutica y caridad obsequiosa. Nunca le vimos impaciente, ni menos irritado.

### **Últimos años en Jerusalén**

En 1935 hizo un viaje a España en el vapor «Patria», de las Mensajerías Marítimas, que zarpó de Jafa el 7 de julio: por mar de Jafa a Marsella y por tren de Marsella a Barcelona. Precio 14 libras esterlinas.

Poco después de regresar de este viaje fue llamado de Ramleh a Jerusalén para suceder como primer almacenero del gran convento del Salvador a Fr. Manuel Molina, destinado a Ramleh. También este cargo importante fue desempeñado por él con competencia y a gusto de todos,

es decir, de los más de 80 religiosos que entonces componían la comunidad. Y en ese cargo continuó hasta poco antes de su muerte.

Desde la segunda mitad de 1948, no sintiéndose bien, Fr. Pedro Sorazu se retiró a la enfermería de Jerusalén, bastante abatido. Nunca fue hablador; al contrario, había que sacarle las palabras, como suele decirse, con tirabuzón; pero desde que entró en la enfermería se hizo aún más reconcentrado. Presentía sin duda su próximo fin. Y, efectivamente, el sábado 18 de diciembre de 1948, acentuándose más la debilidad cardíaca, entregó al Señor su hermosa alma en ese día consagrado a la Virgen.

Fue modelo observador de las prácticas religiosas; muy metódico en llevar las cuentas en la administración de su último cargo, apuntando inmediatamente en su libro diario todo gasto hecho en el comercio de fuera o con los religiosos y dando cuenta periódicamente al M. R. P. Procurador general de Tierra Santa —de quien dependía— de todas sus actividades y de su administración.

En cuanto a su trato con los enfermos era notable su sentido de responsabilidad por la vida humana, además de su caridad cristiana para con ellos. Entre los varios casos que podría citar, he aquí una que me ha referido un testigo ocular, el genial compositor músico y organista del S. Sepulcro, señor Agustín Lama. Uno de los niños de nuestro Orfanato, víctima de apendicitis aguda, fue llevado a nuestra enfermería para ser operado. El Dr. Mancini quería operarle al día siguiente; pero Fr. Pedro le suplicó encarecidamente, de rodillas y llorando, que le operara en seguida: mañana sería tarde. Accedió el doctor, quien al darse cuenta, terminada la operación, de la gravedad del caso, dio gracias a Fr. Pedro por haber salvado una vida humana, echándose a sus pies y besándole afectuosamente la mano.

Por último, voy a dejar constancia de otra nota simpática. Fr. Pedro Sorazu, durante todo el tiempo que estuvo en la Custodia, formó parte de la famosa Coral de Tierra Santa, bien conocida de los peregrinos de todo el mundo. Su presencia, en los ensayos y en la ejecución final, era necesaria; pues, como me asegura dicho señor Lama, Fr. Pedro era el más seguro en el solfeo.